Una invitación de Jesús

A Jesús lo criticaban por las personas con las que se sentaba a comer.

Los Evangelios, los relatos bíblicos sobre su vida, cuentan que recibía a pecadores: personas que habían actuado contra la voluntad de Dios. Algunos líderes religiosos le reprochaban que compartiera la mesa con ellas.

Jesús respondió contando una historia.

Un hombre tenía dos hijos. El menor pidió su parte de la herencia, se marchó de casa y malgastó lo que había recibido. Cuando comenzó a pasar necesidad, decidió regresar y reconocer lo que había hecho. Pensaba pedirle a su padre que lo recibiera como trabajador: ya no se consideraba digno de ser su hijo.

Pero su padre lo vio cuando todavía estaba lejos. Corrió a su encuentro y lo abrazó. El hijo reconoció su pecado. Su padre lo recibió como hijo y celebró su regreso.

El hijo mayor se enojó: le parecía injusto que su padre celebrara aquel regreso. No quiso entrar a la fiesta. El padre salió también a hablar con él. Le dijo: «Hijo, tú siempre estás conmigo», y lo invitó a entrar y alegrarse porque su hermano había vuelto.

Con esta historia, Jesús mostraba cómo Dios recibe y perdona con amor a quienes se vuelven a él. También invitaba a quienes lo escuchaban a compartir la alegría del padre.

¿Quién es Jesús y qué puede significar su invitación para nosotros?

Conocer a quien nos invita

Tanto si has oído hablar mucho de Jesús como si conoces apenas su nombre, puedes comenzar por lo que dijo e hizo.

Los Evangelios lo muestran escuchando a las personas, sanando a los enfermos y tratando con dignidad a quienes otros despreciaban. También denunciaba la hipocresía: aparentar hacer el bien sin vivir de acuerdo con ello. Llamaba a volver a Dios y cambiar de vida. Su compasión iba unida a la verdad.

La fe cristiana reconoce en Jesús al Hijo eterno de Dios: se hizo humano y vivió entre nosotros sin dejar de ser Dios.

La Biblia, el conjunto de escritos sagrados del cristianismo, afirma que «Dios es amor» (1 Juan 4:8). En Jesús podemos conocer cómo es Dios y cómo nos ama.

Jesús invita a confiar en él y promete recibir a quienes acuden a él:

> «Al que a mí viene, no le echo fuera».
>
> Juan 6:37, fragmento

Juan 1:1–18; Lucas 5:12–32; Mateo 23:3, 23; 1 Juan 4:8–10.

Una invitación a mirar nuestra vida

No hace falta estar atravesando una crisis para considerar esta invitación. Conocer a Dios importa también en una vida con alegrías, vínculos y proyectos valiosos.

La Biblia afirma que fuimos creados a imagen de Dios, con dignidad.

Jesús señaló como mandamientos principales amar a Dios con todo nuestro ser y amar a los demás como a nosotros mismos. Ese amor se expresa también en lo cotidiano: escuchar con atención a alguien, tratar con respeto a quien piensa distinto o ayudar sin esperar algo a cambio.

Sin embargo, nuestras acciones no siempre corresponden a ese amor. Podemos querer a alguien y herirlo con nuestras palabras; valorar la honestidad y mentir cuando nos conviene; ver una necesidad y desentendernos aun pudiendo ayudar.

Lo que nos parece correcto no siempre coincide con lo que Dios enseña. La Biblia llama **pecado** a vivir contra su voluntad, en nuestras intenciones, palabras y acciones. Incluye hacer el mal y dejar de hacer el bien aun sabiendo que debemos hacerlo. Daña nuestra relación con Dios, nuestra vida y nuestras relaciones con los demás.

Podemos reconocer lo que hemos hecho mal y pedir perdón sin tratarnos con desprecio. Acercarnos a Jesús no significa justificar el daño que otros nos hayan causado ni asumir una culpa que no nos corresponde.

Según la Biblia, todos necesitamos perdón y transformación, también quien comparte este mensaje contigo.

Génesis 1:27; Mateo 22:37–40; Mateo 15:18–20; Romanos 3:23; Santiago 4:17.

El amor de Jesús llegó hasta la cruz

Dios conoce nuestra necesidad y salió a nuestro encuentro en Jesús.

Jesús, que vivió sin pecado, murió en una cruz por nuestros pecados. Se entregó por nosotros para reconciliarnos con Dios: para que pudiéramos recibir su perdón y vivir en relación con él.

Al tercer día resucitó. Sus discípulos, quienes aprendían de él y lo seguían, anunciaron que lo habían visto vivo. La esperanza cristiana descansa en Jesús resucitado, que venció la muerte y vive.

Dios no esperó a que hubiéramos cambiado para amarnos.

Por su **gracia** —su favor inmerecido—, Dios nos ofrece la **salvación**: nos rescata del pecado y nos da una vida nueva con él.

Es un regalo que recibimos por la fe, al confiar en Jesús. Las buenas acciones no nos hacen merecer este regalo; forman parte de esa vida nueva que Dios nos da.

Romanos 5:1–11; 1 Pedro 2:22–24; 1 Corintios 15:3–8; Romanos 6:9–10; Efesios 2:8–10.

¿Qué nos ofrece Dios por medio de Jesús?

Nos ofrece **perdón y reconciliación**. Dios recibe como hijos a quienes creen en Jesús. Podemos acudir a él como Padre: darle gracias por lo que nos alegra, confiarle lo que nos preocupa y pedirle ayuda.

1 Juan 4:9–10; Romanos 5:10–11; Juan 1:12; Romanos 8:14–17; Filipenses 4:6–7.

Nos ofrece **vida eterna**: conocerlo y vivir en relación con él desde ahora, con una esperanza que va más allá de la muerte. Jesús promete vida eterna a quien cree en él y asegura que lo resucitará en el día final.

Juan 6:40; Juan 17:3.

En esta vida nueva, Dios nos ofrece **su presencia y ayuda**. El **Espíritu Santo**, el Espíritu de Dios, vive en quienes pertenecen a Jesús. Nos ayuda a vivir según la voluntad de Dios.

Juan 14:16–17, 23; Romanos 8:9–14.

Nos ofrece **su paz** para sostenernos aun en medio de las dificultades. Antes de su muerte, al despedirse de sus discípulos, Jesús les dijo:

> «La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da».
>
> Juan 14:27, fragmento

Acercarse y aprender a seguirlo

Responder a la invitación de Jesús es comenzar a seguirlo con **fe**: confiando en él y en lo que hizo por nosotros mediante su muerte y resurrección. Recibirlo como **Señor** es reconocer su autoridad y aprender a orientar nuestras decisiones según sus palabras, también cuando obedecerle nos cueste o encontremos rechazo.

Obedecer a Jesús es una respuesta al amor de Dios, que nos amó primero.

Mateo 16:24–25; Juan 14:15; 1 Juan 4:19.

A veces sabemos que hemos herido a alguien y aun así buscamos excusas. **Arrepentirnos** es reconocer nuestro pecado y volvernos a Dios: dejar de justificarlo y aprender a vivir según su voluntad.

Por ejemplo, si hemos mentido a alguien, podemos decirle la verdad, pedirle perdón y buscar reparar el daño. Al hacerlo, debemos respetar sus límites, sin exigir que vuelva a confiar en nosotros.

No necesitas haber corregido todo para comenzar. Puedes acercarte a Jesús con tus preguntas, reconocer lo que necesitas cambiar y pedirle que obre en ti.

Su Espíritu nos capacita para seguirlo y amar incluso cuando cuesta.

Marcos 1:14–15; Hechos 26:20; Romanos 10:9; Lucas 19:8; Lucas 6:27–36; Romanos 8:13–14; Filipenses 2:12–13.

Su ayuda en el camino

Jesús prometió a sus discípulos que el Espíritu Santo estaría con ellos, les enseñaría y les recordaría lo que él les había dicho. Por su Espíritu, Dios nos ayuda a comprender lo que Jesús enseña y transforma nuestro corazón: nuestros deseos, nuestras intenciones y nuestra manera de amar.

Juan 14:16–17, 26; Romanos 8:9–14; Filipenses 2:12–13.

Jesús se comparó con una **vid**, la planta que produce uvas. Dios, su Padre, es quien la cultiva, y quienes siguen a Jesús son las ramas. Así como las ramas necesitan estar unidas a la vid para dar fruto, nosotros necesitamos permanecer unidos a Jesús.

Nos llama a **permanecer en él y en su amor**: seguir confiando en él, poner en práctica sus enseñanzas y amarnos unos a otros como él nos amó.

Juan 15:1–12.

La Biblia llama **fruto del Espíritu** a lo que el Espíritu produce en nuestra vida: **amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza**.

Gozo es la alegría que nace de nuestra relación con Dios. Benignidad es amabilidad. Aquí, «fe» se entiende como fidelidad: ser dignos de confianza. Mansedumbre es tratar a los demás con humildad y sin agresividad. Templanza es dominio propio.

Gálatas 5:22–23.

Este crecimiento requiere perseverancia. Si pecamos, podemos reconocerlo, pedir perdón y seguir aprendiendo a obedecer a Jesús.

Gálatas 5:16–25; 1 Juan 1:8–9.

Descanso y cuidado

Jesús invita a quienes están cansados y agobiados a acudir a él:

> «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar».
>
> Mateo 11:28

Este descanso está unido a aprender de Jesús, que es manso y humilde de corazón. Podemos confiarle nuestras cargas y dejarnos enseñar por él.

Mateo 11:28–30.

Si hay experiencias que todavía te duelen, puedes hablarle a Dios de ellas y pedirle consuelo y ayuda para sanar. La Biblia dice: «Él sana a los quebrantados de corazón, y venda sus heridas» (Salmo 147:3).

Su cuidado no significa que el dolor desaparezca de inmediato ni que quedemos libres de enfermedad, pérdidas o conflictos. Podemos recibir su paz y seguir sintiendo tristeza o miedo. También podemos buscar el apoyo que necesitamos. Nuestra esperanza está en su amor y fidelidad.

Juan 16:33; Romanos 8:35–39.

El Evangelio de Juan expresa el amor de Dios al dar a Jesús, su Hijo único:

> «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna».
>
> Juan 3:16

Una respuesta sincera

Si deseas confiar en Jesús y comenzar a seguirlo, puedes hablarle con tus propias palabras. Orar es hablar con Dios. No necesitas una emoción especial ni expresarte de una manera determinada.

Esta oración puede ayudarte si expresa lo que sinceramente quieres decir:

> Jesús, reconozco que he pecado y necesito tu perdón. Creo que moriste por nuestros pecados y que resucitaste. Quiero confiar en ti, dejar aquello que me aparta de Dios y seguirte como Señor. Ayúdame en mis dudas. Gracias por tu amor. Transforma mi vida por tu Espíritu y enséñame a amar a Dios y a los demás. Amén.

Repetir estas palabras no produce el perdón por sí mismo. La oración puede expresar tu confianza en Jesús y tu deseo de seguirlo.

1 Corintios 15:3–4; Romanos 10:9–13; 1 Juan 1:8–9.

Para aprender a seguirlo, busca una comunidad cristiana que enseñe la Biblia, reciba tus preguntas y trate a las personas con respeto.

Jesús mandó bautizar y enseñar a quienes se hacen sus discípulos. El **bautismo** se realiza con agua y expresa la unión con Jesús y la vida nueva en él. En esa comunidad puedes recibir orientación sobre este paso y apoyo para vivir según sus enseñanzas.

Mateo 28:19–20; Romanos 6:3–4; Hechos 8:35–38.

Después de resucitar, Jesús envió a sus discípulos a enseñar a otros a seguirlo y les prometió:

> «Y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo».
>
> Mateo 28:20, fragmento

Si tienes preguntas o no compartes esta fe, puedes seguir conociendo a Jesús en los Evangelios. No necesitas fingir certeza para leer o preguntar. Puedes comenzar por **Lucas 15:1–2 y 11–32**, donde encontrarás la historia completa del padre y sus dos hijos y el motivo por el que Jesús la contó.

Al leer, puedes preguntarte qué enseña sobre Dios y anotar lo que te llama la atención o te cuesta comprender. Después puedes leer el Evangelio de Lucas desde el comienzo.

Si quieres conversar

Soy Angel. Si quieres hablar sobre lo que leíste, compartir una duda o buscar una comunidad cristiana, puedes escribirme.

No necesitas contarme toda tu historia ni tener tus creencias resueltas para iniciar una conversación.

WhatsApp: +56 9 6742 4045
unainvitaciondejesus.com

En la web también encontrarás una lectura que explica el fruto del Espíritu con ejemplos.



Leer en la web



Conversar por WhatsApp

Las citas entre comillas y la enumeración del fruto del Espíritu siguen Reina-Valera 1960. El relato inicial es un resumen; las demás explicaciones y paráfrasis se apoyan en los pasajes indicados. La oración sugerida es una propuesta para hablar con Dios, no una cita bíblica.

Relato inicial resumido y explicado a partir de Lucas 15:1–2 y 11–32; cita de Lucas 15:31 (RVR1960).

En las referencias bíblicas, el número anterior a los dos puntos indica el capítulo; los siguientes, los versículos.

Edición 2026-10-20-r25